

de Pavía. Por último, el 29 de diciembre era ascendido al grado de brigadier de los ejércitos españoles y destinado al Regimiento de Iberia. Antes había sido publicado el Decreto de 28 de agosto, al parecer pensado y llevado a efecto por el general Eguía. Ello iba a promover un cisma en el ejército entre los militares procedentes del ejército regular y los de guerrillas y sus consecuencias serían sangrientas, pero esto es ya otra cuestión.

La guerra de la Independencia había terminado y Palarea se encontraba en una situación totalmente distinta a la que le ocupaba en su comienzo. Pese a que en las horas de descanso, brevísimas horas de solaz, no dejó de estudiar y perfeccionar sus conocimientos médicos, que le sirvieron para ser ensalzado por historiadores franceses de Medicina por sus extensos conocimientos en cuanto se relacionaba con la circulación de la sangre, que desde Miguel Servet habían estado casi abandonados, con honrísimas excepciones, los años inquietantes pasados en dura campaña habían torcido su rumbo y la vida militar le atraía más que sus aficiones anteriores.

Habían pasado los años de continua lucha y sólo quedaba memoria un tanto vaga y cada día más borrosa de su actuación. Unos jarros de loza antigua de Talavera, ostentando su retrato, en que aparecía Palarea montado en un magnífico caballo recordaban sus hazañas. Quizá era más admirado por sus contrarios, porque entre los franceses subsistió la fama del Médico. Hace años, en la Sala de Húsares del Ministerio de la Guerra, en París, en el lugar de honor se encontraban dos retratos campeando sobre todos los restantes con sus espadas cruzadas en aspa, debajo, y con un letrero alusivo indicando quienes eran, los dos mejores jinetes de la Europa de su tiempo. Uno era el de Joaquín Murat, gran duque de Berg, lugarteniente del Emperador en España y más tarde Joaquín I, rey de Nápoles. El otro el de D. Juan Palarea y Blanes, coronel de húsares de los ejércitos españoles, el centauro de la epopeya española de la Independencia.

